Claude Romano, *Les repères éblouissants. Renouveler la phénoménologie*. Col. Épimétée, Paris, P.U.F., 2019, 318 pp., 29 €.

Claude Romano, docente de filosofía en la Universidad París-Sorbona, es uno de los autores de relevancia de la última hornada de fenomenólogos franceses, que han seguido la huella señalada por la filosofía de J.-P. Sartre, M. Merleau-Ponty, Paul Ricoeur y Michel Henry (p. 11). En su última obra, *Les repères éblouissants. Renouveler la phénoménologie*, Claude Romano aborda la cuestión fundamental de la renovación de la fenomenología, para lo cual dirige su estudio, más allá de la aplicación aislada del método fenomenológico, situándolo sobre tres ejes, que él considera primordiales: en primer lugar, la conexión de la experiencia y el lenguaje; en segundo lugar, el análisis de un realismo fenomenológico, al que él se referirá como «realismo del mundo de la vida»; y, en tercer lugar, el examen de las posibilidades de algunos temas de la fenomenología desde esa perspectiva realista, a saber: el otro, el cuerpo, las emociones, o los hábitos. En esta tercera parte, aplicará sobre esos argumentos los principios del método fenomenológico que había ya presentado en su obra *Au cœur de la raison, la phénoménologie* (2010).

La cuestión del ante-predicativo y la fenomenología del lenguaje centra la primera parte del libro, que reconoce cómo en el siglo xx se ha producido un giro lingüístico de la filosofía (*linguistic turn*). Dicho fenómeno ha contribuido, en el horizonte continental, a la reelaboración conceptual radical de la experiencia. La pregunta que el propio Romano, sobre la base del pensamiento de Husserl, se plantea, ya al inicio de su escrito, es: ¿cómo se

puede pensar la articulación del lenguaje y de la experiencia? Después de hacer un breve recorrido a través de las filosofías empiristas y neokantianas del pasado siglo, se centra en el análisis del planteamiento husserliano de la experiencia, *la tercera vía filosófica*, mostrando el sentido de este término fundamental para la fenomenología y vinculándolo con el *a priori* (y su ruptura con la concepción kantiana) y con la intencionalidad. Las referencias a Heidegger, Merleau-Ponty o Descartes, van fraguando una concepción propia de la *experiencia*, verdadera depositaria de un logos ante-predicativo, esto es, «un conjunto de estructuras pre-lingüísticas fundados en unos *a priori* materiales», para poder ser considerada a la vez como muda y como expresable en el logos predicativo (p. 64). La experiencia se manifiesta entonces anterior al lenguaje y a la capacidad conceptual, no en el sentido cronológico o causal, sino en cuanto que estos no son sus condiciones necesarias. Husserl ha mantenido la autonomía de la experiencia y de su sentido autóctono, en relación con el pensamiento lingüísticamente articulado, al mismo tiempo que ha recalcado su permeabilidad al pensamiento y a su capacidad de expresarla de un modo integral (cf. pp. 67-68).

La segunda parte de la obra, *Le réalisme phénoménologique*, arranca de una interrogación cargada de provocación: la fenomenología, ¿ha de seguir siendo cartesiana? (p. 71). Son las de esta sección quizá las páginas más valiosas del ensayo, en ellas Claude Romano analiza cómo la fenomenología

se ha presentado como un *cartesianismo del siglo xx*, hasta el punto de que el propio Husserl ha puesto de relieve la originalidad de la filosofía de Descartes, desde las *Regulae*, y su triunfo sobre el escepticismo. La fenomenología no puede disociarse de la toma en consideración del escepticismo (p. 73). La maestría de Descartes ha sido combatir al escepticismo por medio de sus propios argumentos, con la puesta en duda de la existencia del mundo percibido. A ello, se referirá Husserl en el famoso párrafo 49 de las *Ideen... I* (cf. p. 94-98). Romano pondrá todavía más el acento en la contraposición fenomenológica entre ilusión (del mundo) y percepción, caracterizada por su carácter holístico y, de este modo, la apertura a un mundo, a una totalidad de fenómenos provista de cohesión estructural que es lo que define, por esencia, la percepción (y lo que falta a la ilusión) (p. 101). La fenomenología da un paso más allá del cartesianismo al reconocer que el mundo solo puede ser percibido si existe —y existe con independencia de la percepción— y, lo contrario, la percepción supone la existencia del mundo, al que ella se abre. Esta es la relación que se da entre el sujeto y un mundo que funda la posibilidad de una relación intencional. He ahí por qué la percepción es, en sentido propio, un ser-en-el-mundo que envuelve necesariamente la existencia de su correlato, en cuanto estructura relacional y holística (pp. 102-103). En este punto está trazado ya el fundamento de lo que él llamará a continuación «realismo fenomenológico», que se concreta en el realismo del mundo de la vida, en el cual, Claude Romano contempla la garantía de la realidad del mundo fenomenal —con

independencia del pensamiento y de las representaciones humanas—: los fenómenos del mundo no son simples apariencias, no es el síntoma de una cosa diversa, sino la realidad misma. Dicha independencia mundana es, sin embargo, solo relativa, ya que el descubrimiento de las esencias y de la necesidad de las esencias pone en juego inevitablemente intereses teóricos humanos, de modo que la verdad científica no podrá separarse de los procesos humanos de investigación. De este modo, la perspectiva planteada sitúa en un término medio entre un realismo absolutista (o metafísico) y un idealismo (cf. pp. 117-124), de ahí que el verdadero realismo consista, a juicio de Romano, en poner sobre la mesa todas las consecuencias de la correlación fundamental del espíritu encarnado y del mundo, concluyendo entonces que la certeza del mundo se revela de un modo inseparable de la existencia de la conciencia. Se trata, por tanto, de volver al mundo que constituye la cuna de nuestras vidas, superando las dicotomías entre el realismo y el idealismo clásicos (p. 143). Esta segunda parte de la obra se cierra con una nueva interrogación: ¿son necesarias las esencias para la filosofía? A juicio de Claude Romano, la identificación husserliana entre esencia e idea (del griego *idein*, ver), conectada a la tradición platónico-aristotélica, ha de ser sacrificada: «la visión de las esencias» es una quimera (p. 161), dado que la conexión entre necesidad e imaginabilidad de la esencia es mucho más compleja de lo que supone la idea de variación eidética. La descripción de las esencias representa solo la primera palabra del trabajo de la fenomenología, pero no,

desde luego, lo definitivo: la descripción fenomenológica es tan compleja que no puede limitarse al enunciado de las verdades de esencia (p. 164). En el fondo late el reconocimiento de la *falibilidad* de las esencias, de modo que todo el dogmatismo (y toda la ingenuidad) de la fenomenología eidética husserliana desaparece y con él se desvanecen las pretensiones de alcanzar la descripción válida, en tanto que eidéticamente fundada, de nuestra experiencia (p. 166).

La tercera parte del libro, *Exercices de phénoménologie réaliste*, aborda, ya el título lo adelanta, la consideración de algunas de las cuestiones más urgentes para la fenomenología. El *primero de los temas* tratados es la carne, el propio cuerpo, tal y como se ha llamado después de Husserl (p. 169). Nuestro cuerpo se caracteriza por una espacialidad directamente experimentada, es decir, inmediata (p. 194), siendo además el lugar donde se ejercitan nuestros poderes (poder de existir, de actuar y de movernos). Todo ello vale como el horizonte en el que Claude Romano sitúa la distinción fundamental entre aquel cuerpo-objeto y el cuerpo-subjetividad del mundo de los fenómenos (cf. pp. 199-202). Este último interesa a nuestro autor: el mundo de los fenómenos es *mi mundo*, en la medida en que aparece en el centro de la percepción de mi cuerpo. Las propiedades fenoménicas de ese mundo son como propiedades relacionales que comparecen en el sistema que el mundo forma con mi cuerpo fenoménico. Este mundo depende de mi perspectiva para poder aparecer ante mí, si bien existe con independencia de mí. El *segundo lugar* que aborda el autor es la soledad y lo secreto,

«prolegómenos a una fenomenología de la relación humana» (p. 207), en donde comparece la realidad del otro. La soledad, constituida en resorte de la vida secreta, hace posible la relación, ya que, sin ella, no cabría ningún avance en esta línea, según las palabras de Martin Heidegger: «dos soledades se protegen, se completan, se limitan y se inclinan la una sobre la otra» (p. 239). El *tercer ámbito* de su estudio es la intencionalidad de las emociones, en donde el autor parte de la lista clásica de las emociones enumerada en la *Retórica* de Aristóteles (p. 243). En ella, el Estagirita pone de relieve características simples (y triviales) que necesariamente debe poseer toda emoción. La fenomenología ha de reconocer el valor de este trabajo en el que es circunscrito el dominio propio de las emociones. A continuación, Romano presenta la intencionalidad de las emociones en E. Husserl (p. 247), para acabar concluyendo que la afectividad es como el hilo conductor del ser-en-el-mundo —situándose más allá de la pretendida *neutralidad emocional* de Heidegger— y de la pertenencia. Termina el libro señalando un cuarto ejercicio de fenomenología realista: el equívoco del hábito, en el que el autor traza un interesante esbozo de la libertad a través de las concepciones filosóficas. De este modo cierra su obra, sin una conclusión en la que se recojan las claves de esta fenomenología realista, ni sean sintetizados los resultados de los ejercicios en los que, como un nuevo *Discours*, mostrar la posibilidad de la aplicación de los principios metodológicos planteados.

Manuel Palma Ramírez
Prof. CET Sevilla